

REFLEXIONES

Las cosas

■ Se suele decir que la nuestra es una civilización "cosificada", que perseguimos más la posesión de cosas que de bienes espirituales. Las feministas, a su vez, protestan de la "cosificación" de la mujer pues ella es considerada como un objeto lesionando su condición de ser humano.

Si así se dice, si así se proclama en púlpitos, diarios y conversaciones de intelectuales, así debe ser. Pero yo me pregunto:

¿Qué cosa tienen contra las cosas?

Entre el hombre y las cosas se crea una relación sutil que en nada es despreciable. Es una relación que va más allá del burdo utilitarismo para componer el mundo que lo rodea. Entre el hombre y sus cosas se establece un contacto afectivo que es, en definitiva, el que lo identifica.

Miren Uds. en su alrededor. Ahí hay una serie de objetos que lo han acompañado parte importante de sus vidas. El antiguo sillón, aún con el tapiz destrozado y con una pata a punto de hacerle una mala pasada, no lo cambiaría por uno nuevo. El se ha ido amoldando a su cuerpo, sabe cómo recibirlo y Ud. lo ha ido queriendo como a un viejo amigo. Y lo que se dice del sillón, se puede decir de la lámpara, el florero o la cafetera, de cualquier cosa que, por habernos acompañado, forman parte de nuestro paisaje diario que es lo mismo que decir de nosotros mismos.

El amor a las cosas, lejos de ser producto de una concepción materialista, está revestido de la mayor espiritualidad. En el continuo contacto con nosotros, en su uso diario, las cosas que nos pertenecen se han ido empapando de nuestro espíritu. Las queremos porque son nuestras, porque en ellas nos reflejamos.

Los antiguos solían enterrar a sus deudos con las cosas que les eran gratas. Ellos sabían que en el largo viaje a la eternidad de la muerte, las cosas que

lo habían acompañado en vida también morían con él. Y el hombre contemporáneo, que por cualquier motivo debe emigrar de su país, sabe que la única forma de no sentir la soledad del extranjero es llevarse con él las cosas que han formado su entorno vital.

Un hogar no es sólo la familia que lo forma, sino las cosas que posee por largo tiempo. Un cuarto de hotel por lujoso que él sea, siempre será frío e inhóspito porque no están en él las cosas que queremos.

El desprenderse de una cosa querida es una de las situaciones difíciles que afronta el hombre en su vida cotidiana. Significa extenderle un certificado de defunción a un ser querido. Y como nos resistimos a hacerlo, termina amontonada en un lugar cualquiera. De ahí nacen los "cachureos" y quien no tenga uno en su casa y no haya experimentado esa inmensa alegría de reencontrar en él un objeto que creía extinguido, no sabe de una de las emociones nobles de que es capaz el ser humano.

No es el amor a las cosas, la enfermedad que padece nuestra civilización. Por el contrario, es su desamor. Porque una civilización que principia a fabricar cosas teniendo como objetivo que ellas sean botadas después de su uso, implica un cercenamiento de la capacidad de amar del hombre, de su necesidad de posesión, de su sed de permanencia.

Cuando las cosas se crean con un grado calculado de obsolescencia, se condena al hombre a tener con ellas una relación transitoria y esa misma transitoriedad termina empapando no sólo el afecto a las cosas, sino a las personas.

¿No creen Uds. que alguna relación debe haber entre esos matrimonios sólidos, permanentes, unidos de antes y esas mesas de madera maciza que se usaban otrora y entre estas frágiles y quebradizas parejas de hoy y las mesitas enchapadas de la industria actual?

PARTIQUINO